



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10841

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MÉRCOLES 22 DE DICIEMBRE DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Camartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PÉREZ LURBE

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas,
obras públicas, agricultura
y construcción.

Instalaciones de máquinas de ex-
tracción y desagües. Especialidad
en cables y cuerdas de abacá, acero
y hierro.

Vías, rails, wagonetas, picos,
martillos, azadas, legones, palas,
barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandri-
les y toda clase de maquinaria.

HÉROE Y MÁRTIR

La noticia ha causado impresi-
ón dolorosa. No hay español que
al tener noticia de la escena trá-
gica en que se destaca con la gran-
deza de los héroes el bravo y pun-
deroso militar, no haya sentido
el corazón oprimido y el espíritu li-
no de angustia.

Para la generalidad era hasta
hace poco desconocido, aunque ya
hace mucho tiempo que se reveló
como un carácter y se distinguió
como un valiente.

Era el día que ocurrió el suceso
de Sagunto. El general Dabán pro-
clamaba en su campamento á don
Alfonso XII; un modesto teniente
de ingenieros, el teniente Ruiz,
adelantose al jefe, se cuadró mili-
tariamente y dijo:

—Mi general: el cuerpo á que
pertenzco no se ha sublevado
nunca; yo no me sublevo tampoco.
Poco después, el teniente Ruiz
se separaba de la división del ge-
neral Dabán, sacrificando sus sen-
timientos personales á la fidelidad
jurada.

El recuerdo de aquel acto lan-
heimoso se había borrado; si al-
guien lo recordaba había dado al
olvido el nombre del que lo reali-
zó; pero la desgracia se ha encar-

gado de ponerlo á flote y hoy bri-
lla en el cielo de la patria y lo pro-
nuncian con respeto todos los la-
bios.

Encargado hace poco de comi-
sion peligrosa, preparóse á desem-
peñarla. Después de batirse comó
un valiente, prodigando su sangre
y comprometiendo su vida, trans-
formóse en soldado de paz y buscó
al enemigo para ofrecerle el ramo
de oliva; pero el enemigo ha sido
ingrato, cobarde, desleal, villano
y ha cometido la vileza de asesinar
á un caballero que tenía su
mejor defensa no en la espada que
llevaba al cinto ni en el revolver
que pendía de su cintura, sino en
su misma soledad y en la imposibi-
lidad de ser protegido.

El teniente coronel de ingenie-
ros D Joaquín Ruiz ha sido villa-
namente muerto por un infame
cabecilla cubano, en el momento
mismo en que el malogrado jefe
desempeñaba una honrosa comi-
sion de paz. El suceso ha causado
honda pena en España y de todos
los labios ha brotado un grito de
general reprobación. La prensa
periódica se honra hoy al escribir
en sus columnas el nombre del in-
fortunado jefe que ha sacrificado
su existencia en aras de la paz por-
que la patria suspira. A esa mani-
festación de sentimiento público
reflejada en los periódicos se une
con toda su alma la redacción de
EL ECO DE CARTAGENA.

¡Gloria eterna para el teniente
coronel Ruiz!

¡Maldición para la mano infame
que le arrebató la vida!

El salero del mundo

De la corte en larga ausencia,
ví una mujer en Valencia
con unos ojos, y un pecho,
que á no tener yo prudencia
no sé lo que hubiera hecho.

Seguí mi larga partida

y á poco entré en Barcelona
y á una mujer vi enseguida...
No he visto mujer más mona
en los días de mi vida.

Varié de lugar de escena
y á Zaragoza pasé,
y hallé una mujer morena...
que no he tenido hora buena
desde que la abandoné.

Córdoba, la de Almanzor,
me dio albergue bienhechor
y encontré allí una mujer,
que dije ya: Pues señor,
no me queda más que ver.

Mas quien no ha visto Sevilla
no ha visto la maravilla,
y á ella fui, y una mañana
encontré una sevillana,
¡váltgame Dios, qué chiquilla!

A Málaga luego fui,
y hallé unas caras trigueñas
que dije en cuanto las ví:
¿Estas son las malagueñas?
Pues ya no me voy de aquí.

Mas debía ir á Granada
y entré en ese país bello
y hallé una mujer parada,
que... en fin, no hablemos; aquello
no se parecía á nada.

Asuntos que yo me sé
me llamaron á Galicia,
y apenas senté allí el pié,
¡qué mujeres encontré!
¡Aquello era una delicia!

Con pena en el corazón
tras un femenino ardid,
dejé aquel grato rincón,
y me metí en un wagón
y me personé en Madrid.

Respeto los pareceres,
pero en esa inmensa hornilla
de dolores y placeres,
hay mujeres... ¡qué mujeres,
las mujeres de la villa!

Reunidas en montón
y en abierta concurrencia,
donde hay grata reunión
de Andalucía, Valencia,
Cataluña y Aragón,

reina como solo dueña
de los hispanos jardines
la elegante madrileña,

la de la boca pequeña,
la de los piés ohiquitines.

La que chica de estatura
y de corazón ardiente
como española más pura,
va confundiendo á la gente
con su gentil donosura.

Flores de frescas corolas,
bonitas como ellas solas,
Ángeles con doble ser,
¿qué mujeres puede haber
si no son las españolas?

¡No hay otras, lo digo yo,
y nadie me negará
que desde el Cáucaso al Pó
más compuestas... las habrá,
pero más bonitas... ¡no!

EUSEBIO BLASCO.

FELICES PASCUAS

En estos días de regocijo y alegría lo
mismo en el seno de la familia que en
el seno de la comisión que en otros va-
rios senos, juzgo más humano, lectores
benévolo, que felicitarles las Pascuas,
acompañar á ustedes en el sentimiento.
Porque si se miran bien las cosas
¿qué ilusiones puede tener en estos días
el que no espera que le toque ni una
insignificante parte alcuota en los doce
milloneros del premio gordo?

¿Qué esperanzas puede «alimentar»
el que tiene echado á perder el estóma-
go, ni cómo puede «abrigar» segurida-
des el que no tiene capa? Las Pascuas
son buenas para los que piden, para
el cartero, el sereno, el guardia muni-
cipal, el aguador, el carbonero, el de la
ronda de alcantarillas, etc., etc. No pa-
rece sino que esas y otras muchas gen-
tes desempeñan gratis durante el año
sus respectivos servicios, y que se pa-
san la vida pensando en que llegue No-
chebuena para «sablear» al prójimo.

Y este año va á ser todavía peor que
los anteriores, porque como Aguinaldo
está de moda, calculen ustedes qué
buen patriota dejará de pedirlo.

¡Vamos á padecer una de versos
«abusivos»...

Yo creo que sería un progreso que
agradecerían mucho los padres de tam-
billa el de la supresión de las Pascuas,

carnavales y demás fiestas que, es de-
finitiva, sólo lo son porque son cues-
tión de dinero. Pero ya que esto no es
posible por la fuerza de la costumbre,
yo quiero cumplir con ustedes como
gallego fino que soy y también les di-
go: ¡Felices Pascuas!

Calixto Ballesteros.

GLORIAS NACIONALES

Sitio de Cardona

22 de Diciembre 1711.

Con el propósito de trabar combate,
para él en ventajosas condiciones, el
duque de Vendôme, tan luego llegó á
Cataluña dirigióse desde Cervora hacia
Calaf y Prats del Rey, en cuyas alturas
ocupaba excelentes posiciones Starem-
berg.

Caloneó los campamentos de este, y
por no responder al reto lanzado y no
atreverse el duque á enviar sus tropas
sobre tan formidables posiciones, se re-
tiró á Calaf.

Entonces destacó de su ejército una
división de 8.000 hombres á las órdenes
del conde de Mauret, con la consigna de
poner sitio á Cardona, lo que verificó
con las tropas de Felipe V.

Por ser las defensas de la plaza ex-
cesivamente débiles y mal acondiciona-
das, no costó mucho trabajo á los fran-
ceses penetrar en ella; pero refugiada
la guarnición en el castillo, continuó
en él resistiendo su gran trabajo, á
causa de lo mal dirigido que estaba el
asedio.

Abierto un pequeño y angosto porti-
llo en uno de los lienzos de la muralla
del fuerte, el 29 de noviembre lanzá-
ronse por él al asalto los sitiadores, pe-
ro fueron valerosamente rechazados y
con pérdidas enormes.

No dejaron en su propósito los fran-
ceses; pero habiendo sabido Starember,
por las tandas de migueletes catalanes
que se defendían, que «sostenen» escaran-
zas con los sitiadores, que los defenso-
res del fuerte se hallaban en situación
apurada, por carecer de víveres y mu-
niciones, se dispuso á socorrerlos, y el
22 de Diciembre, ayudado por los ge-
nerales Don Rafael Nebot, barón de
Pathee y otros, introdujo en el castillo

CARLOS II EL HECHIZADO

228

á pique vuestra fragata como vos lo quisisteis hacer
con las lanchas del río Ebro, y buscaros solo, sin
que nadie me defienda, porque tengo corazón para
morir ó para mataros.

La voz pausada de Leon, su noble actitud y ra-
dante mirada; las palabras que acababa de proferir,
cuyo significado era terrible, hicieron temblar al
conde.

—¡Oh! ¡qué decís!

—Lo mismo que me digisteis en otro tiempo. En-
tre nosotros, mas bien que un espíritu de nacionali-
dad existe un espíritu de venganza y exterminio...
recordad estas palabras.

—Si, pero nunca imaginé que abusáseis de estos
medios para realizar vuestros proyectos.

—Noto que vais levantando la voz, acaso para que
acuda ó despierte parte de vuestra tripulación, ca-
ballero, dijo Leon levantando el puñal; ya veis que
soy generoso y no abuso de vuestra inferioridad; no
abusad vos si apreciáis la vida.

Así se mordió los labios hasta hacerse daño.
Un temblor convulsivo recorrió su cuerpo y enmu-
decó. Estaba dominado, vencido, subyugado.

El capitán con su calma de piedra se acercó más
á él.

—Mirad, le dijo; antes de luchar, hasta que uno

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 229

de los dos quede muerto, es preciso que me digais
quién os manda perseguirnos con tanto encarniza-
miento. Yo veo que no es una venganza personal,
sino una venganza de una nación contra otra, y
anhelaría saber la historia de esta guerra sin tregua
ni descanso.

—Ese deseo no puedo satisfacerlo, contestó Asi-
ma. Si obro por mi cuenta ó por la agenda nada os
interesa; pero ya que estamos en el caso de hablar
con claridad, lo único que debo deciros es, que he
jurado vuestra muerte antes de que piseis las costas
de España. Ya veis que también uso de alguna fran-
queza. Sé que venís á América por cuarenta millo-
nes de reales para atender á las urgencias de vues-
tro pueblo; pues bien, tengo el consuelo que esa
enorme cantidad no llegará á su destino. Si yo su-
cumbo, sabed que tengo á mis espaldas veinte em-
barcaciones de filibusteros con unos cuatro mil hom-
bres, dispuestos á demoler á Cartagena. Luego que
dispare un cañonazo, acudirá como una bandada de
aves hambrientas, y entonces no seré yo solo: ven-
drán el Olonés, Morgan, Grammont, y otra porción
de famosos piratas para vengar el pabellón francés
que tremola en la popa de mi fragata. ¿Lo oís? Ya
sabéis todo mi secreto; ahora sed vos explícito con-
migo y acabemos.

CARLOS II EL HECHIZADO

232

ma de su enemigo, y cuando se consideraba muerto
de un momento á otro, notó que un crecido número
de hombres entraban en la cámara.

Leon no pudo sino herirlo levemente, pues tuvo
que volverse hacia la multitud.

Así fue arrojado contra el suelo pudiendo de
este modo librarse de la muerte.

—Cerrad las portafloas, gritó arrancándose los
cabellos de coraje; matad á ese infame, matadlo.

El capitán se replegó á un extremo, agitando su
puñal, y conteniendo de este modo al semi-círculo
de hombres que trataban de rodearlo.

Solo en medio de tantos contrarios, cubierto de
agua y manchado con la sangre de su enemigo, mi-
raba á todos lados con esa ferocidad terrible que
aterra mas con su quietud que con su agitación.

Así puesto ya de pie y detrás de sus subordin-
nados, descolgó dos pistolas de uno de los armarios
cercanos y las montó.

Leon vió aquello y permaneció inmóvil.

—Lo que es ahora no os escapareis, exclamó el
conde con una carcajada horrible. Rezad por vues-
tra alma, sino deseáis que se la lleve el diablo.

La mirada tranquila y serena del capitán, notó el
movimiento de los dedos, y bajó la cabeza.

Los dos pistoletazos sonaron como una sola deto-